

JESUCRISTO EN SUS MISTERIOS

-
Beato Columba Marmión
(1858 – 1923)

La Iglesia nos pide que reverenciamos a Cristo en la Eucaristía. ¿Por qué? Por dos motivos.

En primer lugar, porque Cristo es Dios [...] En efecto, el que se oculta en la Eucaristía es, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, el Ser infinito, el Todopoderoso, el principio de todas las cosas. Si Nuestro Señor se dejara ver en el esplendor de su gloria, nos dejaría deslumbrados; y por eso, para entregarse a nosotros, se oculta, no ya bajo la flaqueza de una carne pasible, como sucedió en el misterio de la Encarnación, sino bajo las especies de pan y vino.

La segunda razón es que Jesucristo se humilló y se entregó por nosotros. La Iglesia nos recuerda que *“este admirable Sacramento es el memorial por excelencia de la Pasión de Jesús”*. Ahora bien, Cristo sufrió durante su pasión inauditas afrentas y se abismó en un mar sin fondo de ignominias.

Precisamente, nos dice San Pablo, porque Cristo se anonadó y sufrió tamaños ultrajes, por eso el Padre le ha ensalzado y le ha dado un nombre sobre todo nombre, a fin de que toda rodilla se doble ante Él y toda lengua proclame que Cristo, el Hijo de Dios, reina por siempre en la gloria de su Padre.

Entremos en este pensamiento del Padre Eterno que nos descubre el Apóstol. Cuanto más se humilló y se anonadó Cristo, tanto más debemos nosotros, como el Padre, ensalzarle en este Sacramento, que, precisamente nos recuerda su Pasión, y prodigarle nuestros homenajes. La justicia y el amor así lo exigen.

Además, ¿no se entregó de ese modo ‘por nosotros’? Por nosotros y por nuestra salvación. Si padeció, por mí padeció; si su alma santísima se vio anegada de miedo, de tedio y de mortal congoja, por mí fue también; si soportó tantos oprobios de la grosera soldatesca, si fue azotado, coronado de espinas y muerto a fuerza de indecibles tormentos, por mí fue, para atraerme a Sí: *“Me amó y se entregó por mí”*. Nunca olvidemos que cada uno de los episodios dolorosos de la Pasión fue ordenado de antemano por la Sabiduría y aceptado por el Amor para salvarnos.

Manifestaremos además esta “veneración” yendo a visitar a Cristo en el Tabernáculo. En efecto, ¿no sería falta de respeto dejar solo y abandonado a este Huésped divino que nos aguarda? Allí está realmente presente el que fue recostado en el pesebre, el que vivió en Nazaret, recorrió las montañas de Judea, cenó en el cenáculo y murió en la cruz. Ese es el mismo Jesús que decía a la Samaritana: *“¿Si conocieras tú el don de Dios!” “Tú que tienes sed de luz, de paz, de gozo, de felicidad, ¿si tu supieras quién soy Yo, tú misma me pedirías el agua viva... , esta agua de la gracia divina que fluye, cual manantial inagotable, hasta la vida eterna!”*

Allí está el mismo Jesús que curaba a los leprosos, calmaba a las olas enfurecidas y prometía al buen ladrón un lugar en su reino. Allí encontramos a nuestro Salvador y a nuestro amigo, a nuestro hermano mayor, en la plenitud de su omnipotencia divina, en la virtud siempre fecunda de sus misterios, con la infinita sobreabundancia de sus méritos y la inefable misericordia de su amor.

Nos aguarda en su tabernáculo, no sólo para recibir en él nuestros respetos, sino para repartirnos sus gracias. Si nuestra fe en su palabra no es un vano sentimiento, iremos junto a Él a poner nuestra alma, en contacto por la fe, con su santísima Humanidad. Estad seguros de que *“una virtud saldrá de Él”*, cómo salió en otro tiempo, para colmarnos de luz, de paz y de alegría.

La Eucaristía es el sacramento de la unión con Jesús, unión que encuentra su máxima expresión en la Sagrada Comunión. En su



obra “Jesucristo, vida del alma”, dom Columba se expresa así: Esto es, lo repito, el fruto propio de la Eucaristía; la identificación de nosotros con Cristo, por la fe y el amor. Si recibís bien el Cuerpo de Cristo, dice admirablemente San Agustín, sois eso mismo que recibís.

Cierto que el acto mismo de la Comunión es transitorio y pasajero; más el efecto que produce, la unión con Cristo, vida del alma, es de suyo permanente, y se prolonga todo el tiempo y en la medida que nosotros queramos. La Eucaristía no es el sacramento de la vida, sino por que es el sacramento de la unión; preciso es que “permanezcamos en Cristo y que Cristo permanezca en nosotros”. No dejemos que el transcurso del día disminuya el fruto de la unión y de la recepción eucarística, por causa de la veleidad, de nuestra disipación, de nuestra curiosidad, de nuestra vanidad, de nuestro afán de amor propio. Es un Pan Vivo, Pan de Vida, pan que hace vivir, el que hemos recibido. Hemos de ejecutar obras de vida, obras de hijos de Dios, después de habernos alimentado con ese pan divino para transformarnos en Él, el que afirma que permanece en Cristo, ha de vivir como Cristo vivió.

Y no digamos, para excusar nuestra pereza y ocultar la falta de generosidad, que somos flacos y débiles. Cierto es, y más de lo que pensamos, pero al lado de ese abismo (pues lo es), de nuestra flaqueza, que no excluye la buena voluntad, y que Cristo conoce mejor que nosotros, hay otro abismo: el de los méritos y tesoros infinitos de Cristo, y mediante la comunión, nuestros son esos méritos y tesoros, pues Cristo está en nosotros.

Nos unimos a Cristo en este sacramento por medio de la fe (cf. Jesucristo en sus misterios): pero, me diréis, ¿por qué la Iglesia parece que resume en la “veneración” todas nuestras disposiciones respecto a este divino sacramento? ¿Qué razón le ha podido mover a ello?

Es que este respeto es un triunfo de fe, el hombre que no tiene fe no hinca la rodilla delante de la sagrada hostia. Esta reverencia brota y se nutre de la fe.

Ahora bien, muchas veces he dicho que la fe, raíz de toda justificación y condición fundamental de todo progreso en la vida sobrenatural, es la primera disposición para recibir el “el fruto de la redención” de Cristo [...].

La recepción de la Eucaristía nos une primeramente a la sagrada humanidad de Cristo, y esta unión la obra la fe. Cuando creéis que la humanidad de Jesús es la humanidad del Hijo de Dios, la propia humanidad del Verbo, y que en Él no hay más que una sola persona divina; cuando con toda la energía y plenitud de vuestra fe adoráis esta santa humanidad, por ella entráis en contacto con el Verbo, puesto que ella es el camino que nos lleva a la divinidad.

Al darse Jesucristo a nosotros en la Sagrada Comunión, nos hace la misma pregunta que hizo a los apóstoles: *“¿Qué dicen los hombres de mí?”. Nosotros debemos responder con Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. “No veo más que un trocito de pan y un poquito de vino; pero Tú, que eres el Verbo, la Sabiduría eterna y la Verdad infinita, tienes dicho: “Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre”. Por haberlo dicho Tú mismo, yo te creo presente bajo estas humildes e ínfimas apariencias. Nada nos hablan los sentidos, sólo la fe nos hace penetrar hasta la realidad divina encubierta bajo los velos eucarísticos. La fe supla los sentidos”*.

Y Nuestro Señor nos dice como al Centurión: *“Hágase conforme a tu fe”. “Puesto que creéis que soy Dios, me entrego a vosotros con todos los tesoros de mi divinidad para enriqueceros con ellos y transformarnos en mí; me doy a vosotros juntamente con las inefables relaciones de mi vida íntima con Dios”*.